

Ciencia y Cultura Clásica en la Cirugía Española Renacentista

El vallisoletano DIONISIO DAZA CHACÓN

¹ Aparecido primero en la *Revista da Universidade de Coimbra* en 1913 (vol. II, págs. 5-40) y después en *Estudios de história da Medicina peninsular*, Porto, 1916, fue traducido con el título «Dionisio Daza Chacón. Apuntes para una biografía» por Narciso Alonso Cortés, quien lo completó con nuevos datos y lo publicó en *Miscelánea vallisoletana* (3.ª serie), Valladolid, 1921, págs. 61-122.

² La media docena de breves trabajos aparecidos después del de Lemos-Alonso Cortés no han sido suficientes para conferir a nuestro personaje la consideración que merece; ello responde, con seguridad, al hecho de haberse centrado casi exclusivamente en el aspecto científico de su obra y, sobre todo, a haber aparecido en publicaciones específicas de escasa divulgación, alguna de ellas extranjera; *vd.* García del Villar, A., «D. Dionisio Daza Chacón» *Trabajos de la Cátedra de Historia Crítica de la Medicina* IV (Madrid, 1935), págs. 455-464; Zapatero Ballesteros, E., «El regio herido de Alcalá y el médico vallisoletano Dionisio Daza Chacón» *Conjunto* II 6 (Zaragoza, 1952), págs. 12-20; Subiza Martín, E., «Los grandes cirujanos de España: Dionisio Daza Chacón» *Cirugía* II (1956), págs. 62-68; Münster, L., «L'opera di Dionisio Daza Chacón in rapporto ai problemi principali della Chirurgia dell'epoca» *Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y de la Antropología médica* VIII (1956), págs. 299-304; Soriano de la Rosa, C., *La obra quirúrgica de Dionisio Daza Chacón*. Publicaciones del Seminario de Historia de la Medicina. Universidad de Salamanca. Salamanca, 1958; Llopis, J. M.ª, «Dionisio Daza Chacón, el Paré espa-

En un artículo publicado a comienzos de este siglo¹ se admiraba y dolía el historiador de la Medicina portuguesa Maximiano Lemos, de la escasa notoriedad que le habían reportado a un hombre de la talla de Dionisio Daza Chacón su importante obra y su casi increíble vida; esperaba, por ello, que al dar a la luz el fruto de su investigación otros estudiosos se animaran a colmar una tan ingrata laguna en el conocimiento de la ciencia renacentista española. Hoy, a ochenta años de la publicación de aquel estudio, no podemos afirmar que ese aldabonazo haya resonado con mucha fuerza en la casona de nuestra conciencia cultural: la figura de tan eximio vallisoletano continúa en el desván aguardando a ser definitivamente ubicada en los salones que habitan sus otros paisanos ilustres². Es nuestro deseo contribuir a ello rindiéndole homenaje en el presente trabajo.

I

No creemos haber exagerado en modo alguno al calificar de «casi increíble» la vida de este cirujano nacido en Valladolid durante los primeros años del siglo XVI³ que fue nieto del doctor Dionisio Chacón, médico de la cámara del rey Felipe el Hermoso. Después de cursar sus estudios

en Valladolid y Salamanca y de ejercitarse varios años en su oficio se embarcó en 1543 para las campañas de Flandes y Francia como cirujano del ejército imperial; con él vivió los asedios a diversas plazas, como Landrecies (1543) y Saint-Dizier (1544). En 1547, durante la Dieta de Augsburgo, aceptó encerrarse durante tres meses y medio en una mansión cedida por los banqueros Fugger junto con ochenta y dos afectados por una peste declarada en esos días. La sapiencia y pericia de Daza lograron la salvación propia y la curación de todos los enfermos a excepción de dos. Este episodio, que supuso un notable ascenso en su reputación, le hace merecedor de servir, siempre por mandato imperial, a diferentes personajes de la corte o próximos a ella y le obliga a viajar por diversas partes de Europa siguiendo a sus ilustres pacientes. Entre ellos se contaron el futuro emperador de Alemania, Maximiliano II, la princesa Juana, a la que acompañó a Lisboa en 1552 cuando se casó con el príncipe Juan y en cuyo séquito regresó a España dos años después y el príncipe Carlos, a quien asistió, junto con otros médicos y cirujanos, tras su penosa caída en Alcalá (1562), relatada por el propio Daza en una muy interesante historia clínica. Siete años después fue destinado por el rey Felipe a la cámara de don Juan de Austria, con el que viajó por el Mediterráneo

ñol» *Revista de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina* X 24 (1962), págs. 97-110. Cabe reseñar que en el siglo pasado un historiador de la Medicina inglés, Ch. Wilson, se interesó ya por nuestro personaje en su artículo «Dionisio Daza Chacón: a medico-historical sketch», publicado en el *Edinburgh Medical Journal* II (1856-1857), págs. 865-894.

³ No se conoce la fecha exacta de su nacimiento, siendo 1503 y 1510 las que proponen los estudiosos de su vida. Por otra parte, cabe señalar que la mayor parte de los muchos datos biográficos que se conocen de Dionisio Daza, la mayoría de los cuales exponemos a continuación, los ofrece él mismo en el *Prologo al Letor* de su única obra (véase más adelante) y luego en el interior de ésta, siempre al hilo de alguna experiencia quirúrgica que desea narrar como ejemplo de sus teorías.

⁴ Las vidas de Daza y Paré corren, además, curiosamente paralelas; así, ambos fueron los mejores cirujanos de campaña de sus respectivos ejércitos (coincidieron, por ejemplo, en Landrecies, uno al servicio de Carlos I y el otro al de Francisco I; *vd.* Alonso Cortés, *art. cit.*, pág. 69), impulsaron definitivamente el ejercicio del arte quirúrgico en sus respectivos países, introduciendo o desarrollando nuevos métodos terapéuticos que la revolucionaron, y rechazaron el latín por el «vulgar» como lengua de expresión científica para llegar a un mayor número de profesionales (véase más adelante), etc.

⁵ Toda la obra está redactada en «romance»; la referencia en el título general a la lengua latina se explica por el hecho de que la mayoría de los pasajes que de innumerables autores se reproducen en el texto vertidos a la lengua castellana, se consignan al margen en latín.

⁶ La obra fue reeditada varias veces durante el siglo XVII, lo que es buena prueba de su importancia y de la elevada estima en que se la tuvo (Valladolid, 1605 y 1609; Madrid, 1619; Madrid, 1628; Valencia, 1650 y 1673; Madrid, 1678; *vd.* Soriano de la Rosa, *op. cit.*, pág. 11). Señalemos que A. Palau y Dulcet en su *Manual del librero Hispanoamericano* (Barcelona³, 1951, IV 314) menciona una primera edición fechada en 1580 en Valladolid.

y al que acompañó a la guerra contra los moriscos granadinos (1570), donde llegaría tarde para salvar al gran Luis de Quijada, antiguo mayordomo del Emperador. Al servicio del mismo príncipe don Juan participó también en toda la campaña de Lepanto (1571) y no se separó de él hasta después de la jornada de Navarino en 1573. Al propio rey Felipe, de cuya cámara llegó a ser cirujano, lo acompañó en solemnes ocasiones como la entrevista que en 1576 mantuvo con el rey portugués Sebastián. En total, unos cuarenta años de constante y, casi siempre, acertado ejercicio de su muy amada profesión, que culminaron en un merecido retiro con salario que el rey le concedió al alcanzar los setenta.

Sólo el relato de tan asendereada vida bastaría para clamar por un mayor conocimiento de la figura de este ejemplar vallisoletano, que puede parangonarse, sin asomo alguno de temeridad, con la del que pasa por ser el más ilustre maestro en cirugía de su tiempo, el francés Ambroise Paré⁴. Bastaría, asimismo, para entender que Dionisio Daza hubiera consagrado la mencionada jubilación al ocio y al descanso, lejos de tanto tumor por sajar y de tanta herida por coser. Sin embargo, apenas se hubo retirado de esa actividad, tomó la pluma para ofrecer al lector, tanto al sólo curioso como al interesado en el asunto, el fruto de esos años de conocimiento acumulado con su *Practica y Teorica de Cirugia en Romance y en Latin*,⁵ en dos partes, editada por vez primera en Valladolid en 1584⁶. Dicho conocimiento, como él mismo declara en la *Epistola nuncupatoria al Letor*, lo ha adquirido a través de un método al que nadie puede negar el calificativo de irreprochable y que se sustenta sobre cuatro pilares: lectura abundante y variada, viajes, conversación *con muchos, y diversos varones doctos* y práctica tanto hospitalaria como de campaña.

El fundamento «viajero» de su ciencia ha quedado bien patente en el esbozo biográfico arriba consignado. De su concurrencia y relación con egregios coetáneos especialistas en Medicina habla bien a las claras el trato «de tú a tú» con personajes de la talla de Andrés Vesalio y Bartolomeo Maggi, entre los extranjeros, y de Andrés Laguna, Cristóbal Vega o Fernando Mena, entre sus compatriotas. El ejercicio de su profesión *en partes seguras, y aun en peligrosas* constituye, sin duda alguna, el verdadero hontanar de su sabiduría quirúrgica, de su penetrante agudeza para examinar minuciosamente todo tipo de teorías que afectaban a su profesión y de su independencia de juicio para oponerse a aquellas que consideraba erróneas, por más que las abonaran siglos, y aun milenios, de ciega aceptación. Como todo verdadero impulsor de una ciencia, no es, ni pretende ser, un incendiario del edificio que alberga el saber tradicional, sino que, teniendo él mismo por uno de sus moradores, lo va reformando y adecuando a los nuevos tiempos, sin escribir nada al dictado de la *sola ambición, o confianza de la propia prudencia*. Elabora así, desde tan sensatos presupuestos, un tratado sobre cirugía cuyos valores científicos no han pasado por alto a los escasos investigadores que se han adentrado en su texto y que han descubierto en él un hito insoslayable a la hora de entender el desarrollo histórico de esta disciplina tanto en el ámbito español como en el europeo.

Sin embargo, lo que aquí centra nuestro interés no es tanto el valor de la *Practica y Teorica de Cirugia* para la historia de la ciencia como la función que en ella cumple el primero de los cuatro pilares antes referidos, la formación intelectual del Daza lector. No pretendemos establecer el seguramente prolijo aparato de fuentes *científicas* anteriores y contemporáneas en que se ha basado

para redactar su obra; ello, a más de ser muy laborioso, nos obligaría a introducir arduas explicaciones sobre las ideas médicas mantenidas en la antigüedad o en la Edad Media, tan lejanas en muchos puntos de las actuales. Ni siquiera hemos de adentrarnos en lo que es el núcleo del tratado, sino que nos vamos a detener únicamente en el análisis de su prefación, por considerar que se trata de uno de los textos más interesantes de la literatura médica producida por el Renacimiento español. Trataremos de mostrar en las líneas que siguen que esas páginas introductorias, lejos de responder a un exhibicionismo erudito, constituyen un sutil alegato en favor de una profesión en entredicho.

II

Es lícito, en principio, pensar que el prólogo a un libro propio difícilmente puede ofrecer materia suficiente para extraer muchas conclusiones acerca de la formación, el talento intelectual o el ideario de su autor. Resulta más lógico suponer que sólo la lectura de la obra entera es capaz de aportarnos datos sustanciosos en ese sentido. Sin embargo, tal escrúpulo se desvanece cuando hablamos de un prefacio que ocupa nada menos que cuarenta páginas con una media de cincuenta y cinco líneas cada una en la edición que se maneja⁷ y que además se encuentra dividido en nueve capítulos. Aquí nos centraremos casi exclusivamente en los cuatro primeros, que ocupan veinticinco páginas y constituyen, de hecho, la verdadera prefación de la obra⁸.

Señalemos en primer lugar cómo el objetivo de ese dilatado prólogo queda bien patente desde el título con el que lo encabeza Dionisio Daza: *Prefacion en la qual se muestra esta ciencia ser la mas antigua, la mas noble, la mas cierta, y dificil*

de quantas ay. Ello pone al punto sobre la pista de que las páginas que siguen a ese encabezamiento van a ofrecer una apología de la ciencia quirúrgica ensalzándola sobre el resto de las disciplinas.

El hecho en sí nada posee de extraordinario en una época en la que era costumbre generalizada no sólo cantar las alabanzas de la propia profesión, casi siempre en el exordio de obras dedicadas a ella, sino también elaborar tratados que intentaban dirimir, en apariencia, la pretendida superioridad de unas profesiones sobre otras. Decimos «en apariencia» porque la mayoría nacían con el defecto de que el autor era partidario *a priori* de la suya propia, que siempre había de resultar vencedora. La Medicina era, precisamente, una ciencia muy sensible a esta cuestión, puesto que ese torneo «interdisciplinar», que suele ser conocido como *Disputa de las artes*, tenía su origen en los ataques recibidos a finales de la Edad Media por la profesión médica, acusada de ser *ars mercenaria*, de ejercer su oficio bajo la sola guía de una ambición poco escrupulosa con la verdadera curación de los enfermos. Nada menos que Francesco Petrarca había sido quien prendiera la mecha de la polémica con sus *Invectivae contra medicum* (1352-1355)⁹, retomando una cuestión ya abiertamente planteada por Plinio el Viejo al inicio del vigésimo noveno libro de su *Historia natural*. El debate, que se mantuvo vivo en los siglos siguientes al del gran poeta toscano, hizo proliferar obras que establecían comparaciones entre la Medicina y otra ciencia, especialmente el Derecho, con vistas a dilucidar cuál de ellas resultaba más útil a las «repúblicas» y a sus ciudadanos¹⁰.

Nada sorprendente es, por tanto, el hecho de que un tratado de tema médico como el de Dionisio Daza forme parte de esa tradición laudatoria del propio oficio aún en boga

⁷ La que hemos consultado y por la que citamos es la publicada en Valencia, por Francisco Cipres [...] a costa de Benito Macè, Francisco Duarte, y Claudio Macè, 1673).

⁸ En la penúltima línea de la página 24, cuando aún quedan otras dieciséis para dar por concluido este largo exordio, «se le escapan» a Daza las palabras *Conchuyamos esta prefacion ...*, lo que marca, cuando menos, dos partes claramente delimitadas en ese texto. Nos interesa, como indicamos, la primera de ellas sobre todo.

⁹ Existe edición moderna a cargo de P. G. Ricci en Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1978. Cabe destacar que el propio Daza cita en la prefación esas *Invectivae* (vd. cap. III pág. 25).

¹⁰ Hay nombres ilustres entre los autores de ese tipo de tratados; piénsese, si no, en Coluccio Salutati con su *De nobilitate legum et medicinae* (editado, junto con el opúsculo *De verecundia*, por E. Garin, Firenze, 1947; en las páginas XIV ss. de la introducción ofrece este estudioso un panorama sobre la *Disputa de las artes*, a la que dedicó en esa misma ciudad y año un volumen recopilatorio de tratados sobre el asunto bajo el título *La disputa delle arti del Quattrocento*) o en Poggio Bracciolini con su *Disceptatio convivalis, utra artium, medicinae an iuris civilis, praestet*, que cita el propio Dionisio Daza en el cap. 2.º, pág. 21 de su prefación. Todavía en época de nuestro cirujano se podía leer un *Dialogo de la comparacion de las sciencias: en el qual loancio medico, y un licenciado jurista, confiriendo sobre la prelacion de las suyas etc.*, incluido por el médico Pedro de Mercado en sus *Dialogos de Philosophia natural y moral* (págs. 93r.-113v. de la edición de Granada, en casa de Hugo de Mena, 1574).

¹¹ Todo ello en la pág. 5, cap. 1.

¹² «Sobre el Humanismo del doctor Laguna. Dos libritos latinos de 1543» (en *Erasmus y el erasmismo*. Barcelona, 1977, pág. 322).

por entonces. Mas lo verdaderamente particular y extraordinario es la mancha como tal defensa profesional se sustancia en la prefación de esta *Practica y Teorica de Cirugia*. A lo largo de las mencionadas veinticinco páginas primeras recopila el cirujano de Valladolid prácticamente todas las referencias importantes a la profesión médica legadas por la antigüedad, amén de algunas debidas a autores recientes o contemporáneos. Así, sin contar los antiguos autores de literatura médico-naturalista (Hipócrates, Galeno, Cornelio Celso, Aristóteles, Plinio el Viejo, etc.), cuya cita en un texto así resulta obligada, el lector puede leer el nombre de casi cuarenta literatos griegos y una treintena de latinos; teniendo en cuenta que a los más importantes de entre ellos se les menciona en varias ocasiones, el número de citas literarias asciende a ciento veinte en el caso de los primeros y a noventa y uno en el de los segundos.

Se incluyen en esa nómina tanto filósofos (Platón, Jámblico, Panecio, Zenón de Citio, Cicerón, Séneca, ...) como historiadores (Herodoto, Plutarco, Diodoro Sículo, Tito Livio, Tácito, ...), poetas (Homero, Hesíodo, Píndaro, Virgilio, Ovidio, Ausonio, ...) y dramaturgos, como Eurípides o Aristófanes. El resultado es un apabullante encadenamiento de referencias clásicas con el que Daza va elaborando una argumentación que bien puede dejarnos exhaustos tras una lectura de corrido. Ofrece proliferas listas de personajes que en época antigua se dedicaron a la Medicina o mantuvieron algún tipo de relación con ella, sin que junto a cada nombre falte nunca el del autor o autores que así lo testifican. Integran tales elencos lo mismo *médicos* reconocidos como tales que *dioses y héroes mitológicos* como Apolo, Esculapio y el centauro Quirón, *personajes bíblicos*, entre los que se incluye a Moisés y a Eliseo, entre otros, *reyes* tales como Salomón, Alejandro

Magno, Tolomeo, etc., *papas* (así, Juan XXII o Nicolás V), *santos y mártires cristianos* (San Pablo, San Ambrosio, Cosme y Damián, ...), sin que falte una sección dedicada a *mujeres* famosas que ejercieron la profesión y que van desde Isis, Artemisa o Circe hasta la emblemática Agnódice en su lucha contra el corporativismo machista de los médicos de Atenas.

Cuando, por ejemplo, Daza nos presenta a una de las más importantes figuras de entre las mencionadas, la divinidad médica Esculapio, cita, sólo para poner en claro su genealogía, las *Metamorfosis* de Ovidio, el tratado sobre astronomía y las fábulas de Higino, la obra histórica de Diodoro Sículo, los comentarios del gramático Servio a la *Eneida* de Virgilio, la *Biblioteca* de Apolodoro y el suetoniano *De viris illustribus*; ello sin contar la alusión a autores estrictamente médicos como Sorano de Efeso y el medieval Teodorico e, incluso, de un apologista cristiano como Lactancio Firmiano¹¹.

Ante exhibición tan erudita no nos resultaría muy difícil entonar la alabanza de nuestro cirujano, induciendo al lector de estas líneas a admirar en él una vastísima cultura adquirida tras un prolongado —y meritorio, dada su profesión— contacto con la literatura clásica. Sin embargo, ello supondría una grave falta de rigor por nuestra parte. Al adjudicar a Dionisio Daza tal imponente dominio en ese terreno, estaríamos siendo seguramente víctimas del fenómeno que con gran agudeza denominó M. Bataillon «el espejismo del Renacimiento»¹², en virtud del cual una simple mirada a esa época nos descubre un paisaje poblado por un número sospechosamente nutrido de gigantes intelectuales, aparentes devoradores de letra impresa.

Sin dudar de la innegable base cultural de nuestro cirujano, hemos de señalar que, más que un erudito concienzudo que ha acumulado una

imponente cantidad de información, Dionisio Daza demuestra ser, como buen hijo de su tiempo, un muy consumado experto en el manejo de la bibliografía sobre la antigüedad disponible por entonces. Así lo refleja el nutrido y vario aparato de fuentes que él mismo reconoce haber consultado, de las que un buen número lo constituyen obras de carácter misceláneo-enciclopédico tanto de época antigua (como la mencionada *Biblioteca* de Apolodoro, la variada obra de Plutarco o los *Saturnalia* de Macrobio, citadas todas ellas en numerosas ocasiones) como reciente (así, la *Genealogia Deorum gentilium* de Giovanni Boccaccio —cap. I págs. 3, 6 y 8—, los *De varia historia libri tres* de Niccolò Leonico —cap. I pág. 7—, los *Commentarii Urbani* de Raffaele Maffei Volterrano —cap. I pág. 6— y la *Officina sive Theatrum historicum et poeticum* de Jean Tixier de Ravisi o *Ravisius Textor* —cap. VI pág. 32—). Éstas y otras obras similares son, con seguridad, el origen de una buena parte de los datos aportados en su curiosa prefación por Dionisio Daza, cuya amplitud de saberes queda así no negada, sino puesta en sus justos términos.

Asentados todos esos presupuestos, queda en pie la duda acerca de los motivos que indujeron al cirujano de Valladolid a abrir la obra de su vida con un texto tan prolijo y florido; más aún teniendo en cuenta que se trata de un caso único en el ámbito de la literatura quirúrgica editada en la España, y aun en la Europa, del siglo XVI. Nada semejante, ni de lejos, hemos hallado en nuestra consulta de los principales tratados de esa índole aparecidos en los tiempos de nuestro autor. Centrándonos en sus compatriotas, hemos topado con prólogos y epístolas nuncupatorias poco extensos y sin gran número de referencias eruditas al abrir obras tales como el *Compendio de Chirurgia* de Francisco Díaz (Madrid, 1575), los *Chirurgiae*

libri sex de Andrés Alcázar (Salamanca, 1575), la *Cirugía universal y particular del cuerpo humano* de Juan Calvo (Sevilla, 1580) o la *Cirugía Universal* de Juan Frago (Madrid, 1581).

A quien se deje llevar por la primera impresión derivada de una lectura de profano le sería lícito suponer que Dionisio Daza sólo pretendió lucirse ante esos colegas y delante de sus contemporáneos. Sin embargo, lo que realmente oculta esa prefación tras sus librescas galas no es, a nuestro juicio, sino una enérgica, por más que sutil, defensa de la dignidad profesional del cirujano. A ponerlo en claro dedicaremos las líneas que siguen.

III

Da comienzo Dionisio Daza a su texto introductorio afirmando por boca de Hipócrates la superioridad de la Medicina en todos los órdenes sobre el resto de las *artes*. Tal aseveración se conecta con la noticia, transmitida por el enciclopedista romano Cornelio Celso¹⁵, de que durante el período helenístico esta disciplina había quedado definitivamente dividida en tres ramas: la dietética, la farmacología y la cirugía. Sin andarse con más ambages, asegura después nuestro cirujano que *destas tres partes de la medicina, la mas antigua, la mas noble, la mas difícil, la mas cierta de todas es la Cirugía*, para ofrecer a renglón seguido un elenco de especialistas en la disciplina que demuestran el primer punto, su antigüedad, y entre los que destaca al ya mencionado Celso.

La argumentación de Daza puede ser perfectamente discutible, pero resulta impecable hasta ese momento. Sin embargo, a partir de la mitad de la segunda página, punto en el que da comienzo el «bombardeo» de citas y referencias clásicas para demostrar, además de esa antigüedad de la

¹⁵ En la única parte conservada de su enciclopedia, los ocho libros *De medicina*, proemio § 9.

⁴ Pág. 23. Hemos modernizado la puntuación del texto original para su mejor comprensión. La negrita también es nuestra.

cirugía, su nobleza, dificultad y certeza, da toda la impresión de que la coherencia que se venía percibiendo empieza a flaquear: el término «cirugía» desaparece casi por completo y todo cuanto el autor alega con fin laudatorio en lo que resta de ese primer capítulo y en los tres siguientes hasta poco después de comenzado el cuarto (veintiuna páginas en total) hace referencia sólo a la Medicina en general. Cuando de la mano del propio Daza habíamos llegado al punto en que parecía dar comienzo el elogio específico de la cirugía, observamos una especie de «vuelta atrás» que nos lleva a aplicar todo lo que después se afirma no sólo a aquella, sino también a la dietética y la farmacología.

Ahora bien, cuando se llega al capítulo cuarto resulta evidente que ese supuesto vicio expositivo no sólo no existe, sino que responde a un plan bien estudiado por parte de Daza, puesto que para él Medicina y Cirugía son términos absolutamente equivalentes:

Direis aora: «todo lo que aveis dicho y traído en alabar este arte, se entiende de la Medicina y no de la Cirugia»; y es muy al contrario, porque los que curan con sola dieta y sangrar y purgar [es decir, los especialistas en dietética y farmacia] su propio nombre es Fisicos [...] y aun assi los llaman oy en muchas partes de nuestra España. Y los que propiamente son medicos, y merecen este nombre, son los que saben las primeras dos partes de la medicina dichas y la tercera, que es la Cirugia: que tambien y tan perfectamente esta obligado un buen Cirujano a saber las primeras dos partes deste arte como esta obligado a saber la tercera⁴.

El panorama se aclara así notablemente. Nuestro cirujano comienza asumiendo la división tripartita de la Medicina heredada del mundo antiguo para al final modificarla tan de

raíz que termina negándola, desde el momento en que una de las ramas pasa a ser asimilada por completo a la disciplina «madre». Se entiende así que todo cuanto se venía alegando en alabanza de la Medicina en general, debía entenderse como referido igualmente a la Cirugía.

Ante tales afirmaciones, es lícito, en principio, considerar que Dionisio Daza, por más que ame el oficio, se excede en su exaltación, mostrándose demasiado radical al asegurar que ante la aparición de un tumor, por ejemplo, sólo puede con propiedad llamarse «médico» quien, además de saber prescribir un régimen de vida que lo elimine y un medicamento que lo resuelva, sea capaz de sajarlo correctamente cuando se muestre resistente a aquéllos.

Mas lo que parece actitud casi beligerante no es sino una reacción defensiva, que se explica perfectamente, a nuestro criterio, desde la peculiar situación en que hubieron de desempeñar su oficio los cirujanos de ese tiempo, puesto que de entre los diferentes profesionales del ejercicio médico fueron ellos quienes en mayor medida vieron puesta en entredicho la dignidad científica de su quehacer terapéutico. El hecho de su excesiva vecindad con el «empirismo» no académico de los llamados barberos-cirujanos o los sanadores ambulantes que abundaban en la época los hacía sospechosos de ejercer una técnica que no exigía gran esfuerzo intelectual, sino poco más que habilidad en las manos y aptitud para imitar a un maestro avezado.

A ese carácter particular de su profesión viene a añadirse el de sus mismos procedimientos terapéuticos, que obligan al cirujano a trabajar en desagradable contacto con hemorragias o abscesos de pus y a practicar operaciones tan desagradables como la amputación de algún miembro. La misma *vis etimológica* del término «cirugía» (*obra de manos*) casi obligaba a que esta disciplina fuera mal

vista en una época en la que la exigencia de habilidad manual en el oficio desempeñado y la consideración social de éste eran inversamente proporcionales.

Desde el lado de los *físicos* el conjunto de los cirujanos coetáneos era visto probablemente como un extenso grupo profesional que lindaba por un extremo con el mundo de la —para ellos— «pseudo-medicina» antes mencionada (algebristas, batidores de cataratas, etc.) y por el otro con su propio terreno de actuación médica repartido muchas veces entre la docencia universitaria y el quehacer terapéutico cotidiano. Ello explica el que existieran puntos de contacto, con fructífera convivencia laboral de «físicos» y cirujanos, pero también el que por el otro lado aparecieran zonas de radical alejamiento que ayudan a entender hechos como la frecuente actitud despectiva de los primeros hacia los segundos, sus difíciles relaciones laborales¹⁵, la necesaria intervención de la autoridad en su regulación¹⁶ y, en fin, las sangrantes diferencias de salario observadas entre esos «gremios».

Ante esta situación, no puede extrañar que los cirujanos renacentistas se preocuparan en gran medida por devolver a su oficio la dignidad que nunca debió perder. Para ello debían atender a dos «frentes» intelectuales que, al cabo, eran el mismo: su afirmación frente a los «empíricos» iletrados y la igualdad de rango de su disciplina con las cultivadas por los «físicos» de prolongada carrera universitaria.

Es precisamente en este punto donde encuentra pleno sentido la, en apariencia, pomposa prefación de Dionisio Daza. A él nadie puede acusarle de ejercer un oficio aprendido de cualquier manera, puesto que entre los de su formación, tal como asegura en la *Epístola nuncupatoria*, se cuentan los años dedicados a estudios en *Escuelas necesarias*, esto es, en las aulas de la Universidad

salmantina, donde al saber quirúrgico ya adquirido en su ciudad natal¹⁷ añadió el de la Medicina académica¹⁸. Si fue admitido a estos últimos estudios, considerados «superiores», hubo de pasar previamente por los imprescindibles cursos de *Artes*, que pueden asimilarse en buena medida a la *Filosofía y Letras* de nuestros días. De ese modo habría entrado en relación con las fuentes de la que entonces era considerada la alta cultura por excelencia, la heredada del mundo clásico, habría logrado dominar, asimismo, la lengua latina en que aquella se había transmitido y mantenido muy probables contactos con la griega¹⁹ y, en fin, habría alcanzado los conocimientos suficientes para elaborar una prefación digna del más culto de los «físicos».

Así pues, el texto que es objeto de estudio en estas líneas constituye un sutil mensaje enviado por Dionisio Daza Chacón a dos destinatarios, colectivos pero bien concretos. Por un lado y con la dignidad tanto profesional como patriótica heridas, al colega cirujano, mostrándole la que, a su criterio, es la única vía para alzar de su postración un oficio que *no solo en nuestra España, pero en otras muchas Provincias se halla en manos de hombres idiotas (cosa digna de llorar) y no en hombres doctos, y principales, como antiguamente hubo*²⁰. Tal vía no es otra que la formación integral en *Artes y Medicina*, tras la previa e imprescindible «formación profesional» en cirugía. Por otro lado y con un innegable punto de orgullo, al físico que, presuntuoso, se arroga en exclusiva el nombre de «médico», haciéndole ver que un cirujano capaz, por su esfuerzo en formarse adecuadamente, de prescribir tanto regímenes de vida como medicamentos y —no menos importante— provisto de la base cultural de un humanista²¹, no sólo lo iguala, sino que lo supera en ciencia.

¹⁵ Vd. Zimmerman, L. M.-Veith, I., «Cirugía del Renacimiento. Francia y Alemania» (en Laín Entralgo, P., ed., *Historia Universal de la Medicina*, vol. IV, Barcelona, 1980, pág. 151).

¹⁶ Vd. Granjel, L. S.-Riera, J., «Cirugía del Renacimiento. Italia-España-Inglaterra» (en Laín Entralgo, P., *op. cit.*, pág. 165). Esos intentos de regulación contribuyeron muchas veces a agrandar el abismo entre médicos y cirujanos, al poner en manos de aquéllos el poder de controlar el acceso de éstos a la profesión médica.

¹⁷ ... *hazed la obra como la vi hazer a mis maestros, que fueron en Valladolid el Licenciado Arias, y el Bachiller Torres, que despues fue Cirujano del Rey nuestro señor [...] que en su siglo no tuvo el mundo mayores Cirujanos que ellos* (parte 2.ª, lib. 2.º, cap. XV pág. 174).

¹⁸ *Estando yo en Salamanca estudiando la Medicina, y praticando la Cirugia con Ponte el chico ...* (parte 1.ª, lib. 2.º, cap. XLII pág. 188).

¹⁹ Resultaría, asimismo, de gran interés, por más que exceda los límites de nuestro trabajo, investigar si son propias o ajenas las elegantes versiones castellanas que Daza ofrece de los textos poéticos clásicos aducidos en esas páginas. Es una tarea clarificadora a la que dedicaremos el necesario esfuerzo en un próximo futuro.

²⁰ Cap. IV, pág. 24. Ya en el *Prologo al lector* muestra Daza su pesar por *quan de caída va la Cirugia en nuestros Reinos de España (cosa de grandissima lastima) quan poquitos buenos Cirujanos ay, y quanta ocasion se da para que del todo se acabe*.

²¹ A propósito de la muy interesante colaboración entre el movimiento humanista y la Medicina durante esta época puede verse, entre otros, Granjel, L. S., «Humanismo médico renacentista» (en Laín Entralgo, *op. cit.*, vol. IV, págs. 33-41); Schmitz, R.-Keil, G., *Humanismus und Medizin*. Acta Humaniora. Deutsche Forschungsgemeinschaft. Weinheim, 1984; Montero Cartelle, E., «El Humanismo médico castellano (s. XVI)» (en Riera, J. et al., *Ciencia, medicina y sociedad en el Renacimiento castellano*. Universidad de Valladolid. Valladolid, 1989, págs.

19-38); Martín Ferreira, A. I., *El Humanismo médico en la Universidad de Alcalá (siglo XVI)*. Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, 1996. Sobre la relación concreta entre Humanismo y Cirugía, el mejor trabajo disponible es Nutton, V., «Humanist Surgery» (en Wear, A.-French, R. K.-Lonie, I. M., *The medical renaissance of the Sixteenth Century*. Cambridge Univ. Press. Cambridge, 1985).

²² Cap. IX, págs. 37-38.

²³ La alternativa latín-romance constituía en la época un considerable dilema, que iba mucho más allá de una simple opción intelectual (vd. Carrera de la Red, A., *El «problema de la lengua» en el Humanismo renacentista español*. Universidad de Valladolid. Valladolid, 1988).

IV

Es muy posible, si diéramos por finalizado nuestro trabajo en este punto, que a alguno de sus posibles lectores, imbuido del exacerbado utilitarismo de nuestro tiempo, le quedara la sensación de haber conocido los detalles de poco más que una curiosa bagatela. «Al fin y al cabo, —podría pensar ese hipotético lector— el que el cirujano del siglo XVI ampliara sus miras profesionales tratando de formarse como médico integral parece cosa bastante aceptable, pero ¿en qué ganaba su profesión por el hecho de que él conociera mucha filosofía, mucha historia y mucha literatura? El beneficio sería puramente individual y lo enriquecería, sin duda, como persona, mas no como cirujano que ha de sajar, amputar, coser, etc.».

La pregunta es tan razonable como su formulador; mas éste empezaría a dejar de serlo si considerara baladí incluso el hallarle una respuesta; esto es, si planteara su pregunta desde la suficiencia y no desde la curiosidad. Lo que se encierra en aquélla no es otra cosa que un dilema de plena y absoluta vigencia en nuestros días: la necesidad o superfluidad de las Humanidades, así como el del papel que pueden y deben desempeñar éstas en el contexto utilitario arriba aludido. Nosotros, que no estamos por la labor de retornar a aquellas «disputas de las artes», nos limitaremos a dejar la palabra a Dionisio Daza, cuando, al dibujar el retrato del cirujano ideal en esa misma prefación, dice lo siguiente:

Parece tambien muy bien al Cirujano, ser leído en letras humanas, porque allende que aprovechan

para dar contento a los enfermos (y aun a los que no lo estan) ayudan mucho para con mas facilidad poder entender lo que los antiguos tratan del arte. Y allende de esto sabra muchas historias. La Logica no le dañará, siquiera para evadirse de sofistas. La Filosofia moral le aprovechará mucho para saberse regir en sus costumbres, y en sus negocios²².

¿Qué es la mucha ciencia sin la psicología, la elocuencia y la ética? Esa es nuestra pregunta.

* * *

Es evidente que hoy en día, ante el inmenso avance y la inevitable especialización experimentados por la ciencia médica, resulta imposible mantener la tesis de Dionisio Daza acerca de la superioridad del cirujano sobre los demás profesionales de la disciplina. Pero no menos lo es que en nuestro tiempo nadie subestima la labor de aquél como propia de un oficio bajo, de poca consideración y ejercitado por gente indocta salvo para efectuar dos o tres intervenciones de forma mecánica. No nos cabe la menor duda de que a esa conquista profesional ayudó el generoso esfuerzo de un cirujano de ciencia y cultura muy fundadas. Un español que hubo de renunciar a dar lustre y, en no pocos casos, precisión a su obra sustituyendo el latín por el castellano para que la entendieran y con ella se dignificaran los cirujanos romancistas, pero que, lejos de hacerlo desde el lamento y la resignación humillada, proclamó el derecho de su lengua a figurar entre las más capaces, antiguas o modernas, de expresar el pensamiento científico²³. Un médico vallisoletano, en suma, sabio, solidario, inolvidable.

ARCA VIVA

V
a
d
e
c
u
l
t
u
r
a

14
segunda época

